

Pa 6176

85

v.3

1817



FONDO LIT. ERIC
VALVERDE Y TELLEZ

132859

CONTINUACION

DE LAS POESÍAS

DE LOPE DE VEGA.

CANCION I.

O libertad preciosa,
No comparada al oro,
Ni al bien mayor de la espaciosa tierra,
Mas rica y mas gozosa
Que el precioso tesoro
Que el mar del Sur entre su nácar cierra,
Con armas, sangre y guerra,
Con las vidas y famas,
Conquistado en el mundo,
Paz dulce, amor profundo,
Que el mal apartas y á tu bien nos llamas:
En ti solo se anida
Oro, tesoro, paz, bien, gloria y vida.

Quando de las humanas
Tinieblas vi del cielo
La luz, principio de mis dulces dias,
Aquellas tres hermanas,

Tomo III.

i*

010108

Que nuestro humano velo
 Tejiendo llevan por inciertas vías,
 Las duras penas mías
 Trocáron en la gloria,
 Que en libertad poseo
 Con siempre igual deseo;
 Donde verá por mí dichosa historia,
 Quién mas leyere en ella,
 Que es dulce libertad lo ménos della.

Yo pues, señor exénte
 De esta montaña y prado,
 Gozo la gloria y libertad que tengo;
 Soberbio pensamiento
 Jamas ha derribado
 La vida humilde y pobre que entretengo;
 Quando á las manos vengo
 Con el muchacho ciego,
 Haciendo rostro embisto,
 Venzo, triunfo y resisto
 La flecha, el arco, la ponzoña, el fuego,
 Y con libre albedrío
 Lloro el ageno mal, y espanto el mio.

Quando la aurora baña
 Con helado rocío
 De aljófar celestial el monte y prado,
 Salgo de mi cabaña
 Riberas deste río
 A dar el nuevo pasto á mí ganado:
 Y quando el sol dorado

Muestra sus fuerzas graves,
 Al sueño el pecho inclino
 Debaxo un sauce ó pino,
 Oyendo el son de las parleras aves,
 O ya gozando el aura,
 Donde el perdido aliento se restaura.

Quando la noche obscura
 Con su estrellado manto
 El claro día en su tiniebla encierra,
 Y suena en la espesura
 El tenebroso canto
 De los nocturnos hijos de la tierra,
 Al pie de aquesta sierra
 Con rústicas palabras
 Mi ganadillo cuento;
 Y el corazón contento
 Del gobierno de ovejas y de cabras,
 La temerosa cuenta
 Del cuidadoso Rey me representa.

Aquí la verde pera
 Con la manzana hermosa
 De gualda y roxa sangre matizada,
 Y de color de cera
 La cermeña olorosa
 Tengo, y la endrina de color morada;
 Aquí de la enramada
 Parra que el olmo enlaza
 Melosas uvas cojo,
 Y en cantidad recojo,

Al tiempo que las ramas desenlaza
El caluroso estío,
Membrillos que coronan este río.

No me da descontento
El hábito costoso
Que de lascivo el pecho noble infama :
Es mi dulce sustento
Del campo generoso
Estas silvestres frutas que derrama :
Mi regalada cama
De blandas pieles y hojas,
Que algun Rey la envidiara,
Y de tí, fuente clara,
Que bullendo el arena y agua arroja,
Estos cristales puros,
Sustentos pobres, pero bien seguros.

Estése el cortesano
Procurando á su gusto
La blanda cama y el mejor sustento,
Bese la ingrata mano
Del poderoso injusto,
Formando torres de esperanza al viento ;
Viva y muera sediento
Por el honroso oficio,
Y goze yo del suelo
Al ayre, al sol, al hielo,
Ocupado en mi rústico exercicio,
Que mas vale pobreza
En paz, que en guerra misera riqueza.

Ni temo al poderoso,
Ni al rico lisongo,
Ni soy camaleon del que gobierna :
Ni me tiene envidioso
La ambicion y deseo
De agena gloria, ni de fama eterna :
Carne sabrosa y tierna,
Vino aromatizado,
Pan blanco de aquel día,
En prado, en fuente fria,
Halla un pastor con hambre fatigado,
Que el grande y el pequeño
Somos iguales lo que dura el sueño.

CANCIÓN II.

Por la florida orilla
De un claro y manso río
De salvia y de verbena coronado,
Al tiempo que se humilla
Al planeta mas frío
Con templado calor el sol dorado,
Libre, solo y armado
De acero olvido y nieve,
Pasaba peregrino
Ya fuera del camino
Del juvenil ardor que el pecho mueve,
Quando al salir Apolo,
Un niño vi venir desnudo y solo.

UNIVERSITY OF CALIFORNIA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFREDO REYES"
Medo. 1025 MONTREY, MEXICO

Rubio el cabello de oro
 Con una cinta preso,
 Que los hermosos ojos le cubria,
 Y como Alarbe ó Moro,
 De innumerable peso
 Un carcax que del cuello le pendia,
 Y como quien vivia
 De saltar los hombres
 Un arco puesto á punto :
 Mas quando le pregunto
 Que me diga sus titulos y nombres,
 Respóndeme arrogante
 Niño en la vista, y en la voz gigante :

Yo soy aquel que suelo
 Con apacible guerra,
 Con alegre dolor y dulces males,
 Desde el supremo cielo
 Hasta la baxa tierra,
 Herir los dioses, hombres y animales :
 Transformaciones tales
 Jamas Circe las supo,
 Porque un hechizo formo
 Con que mudo y transformo
 Qualquiera ser que de mi fuego ocupó ;
 Y al alma que condeno
 La hago yo vivir en cuerpo ageno.

Fácil tengo la entrada,
 Difícil la salida,
 Ablándame el desprecio y cansa el ruego,

Ni hay alma tan helada,
 O en piedra convertida,
 Que no enteratezca mi amoroso fuego.
 Por eso rinde luego
 Las armas arrogantes
 De que vas victorioso :
 Que el rayo mas furioso
 Se temple con mis flechas penetrantes,
 Y lloran mis agravios
 Igualmente los fuertes y los sabios.

Yo respondile entónces :
 Mal me conoces, niño,
 Mira que soy un Capitan valiente
 Que en mármoles y bronces,
 Con esta que me ciño,
 Hago escribir mis hechos á la gente :
 ¿ Como tu fuego ardiente,
 O tus blandos suspiros
 Pueden temer los brazos
 Que han visto en mil pedazos
 Burlar tanto esquadron entre los tiros
 De la pólvora fiera,
 Que vence el fuego de su misma esfera ?

Yo al duro helado invierno,
 Y al verano abrasado
 De iguales armas y valor vestido,
 Llevando á mi gobierno
 El esquadron formado,
 Tanta varia nacion he combatido,

Que tengo convertido
 En duro acero el pecho :
 Por eso en paz te torna ,
 Que mi espada no adorna
 Las puertas de tu templo sin provecho ,
 Ni pueden tales ojos
 Humillarse á tus lágrimas y enojos.

Así le replicaba ,
 Quando de entre unas yedras
 Una hermosura celestial salía ,
 Que no lo que miraba ,
 Pero las mismas piedras
 En ceniza amorosa convertía :
 Amor que ya me vía
 Con pensamientos vanos
 Apercebir defensa ,
 A la primera ofensa ,
 Me derribó la espada de las manos
 Y en viéndome tan ciego
 Lloré , rendime y abraséme luego.

En esto al verde llano
 Un carro victorioso
 Dos tigres ya domésticos traxéron :
 Asíó el amor la mano
 De aquel rostro amoroso ,
 Y juntos á su trono se subieron :
 Y los que allí me viéron ,
 Entre sus pies me atáron ,
 Y al fin sus ruedas fieras

Mis armas y banderas
 Por despojos vencidos adornáron ,
 Llevándome cautivo
 Adonde agora lloro , muero y vivo.

Mas todo vencimiento es mas victoria :
 Y aquesta pena es gloria ,
 Con solo que me mire Isabela un día ,
 Y entre sus ojos arda el alma mía.

CANCION III.

Ya mis ruegos oyéren ,
 Lidia , los cielos , y mis votos justos
 Alegre fin tuvíéron ,
 Pues truecas en disgustos
 Tus verdes años y tus verdes gustos.

En fin envejecistes ,
 En fin llegó el estío de tus años :
 La fama que tuvistes
 En propios y en extraños
 Creció nuestras venganzas y tus daños.

Amanecía en tu cara
 Un sol , que el mundo en vivo fuego ardia ,
 Corrió la edad avara ,
 Pasó ligero el día ,
 Y vino en su lugar la noche fría.

Cerróse el lirio ufano
 Con la tiniebla del oscuro cielo ,
 Y el almendro temprano
 Marchito con el yelo
 Sembró de flores el desierto suelo.

Esfúrzaste lozana
 A parecer muchacha á los que miras,
 Mas ya tu frente cana
 Nos dice que suspiras
 Quando al espejo miras, y te admiras.

Ha hecho diferentes
 La edad, que sola el alma inmortaliza,
 Tu bella boca y dientes,
 Y el ver atemoriza
 Carbon las perlas, y al coral ceniza.

¿Adonde huyó la nieve
 Que derretía el fuego de tus ojos?
 Mas ay! que el tiempo breve
 Sellando tus despojos
 Pasó la nieve á los cabellos rojos.

La grana en Tiro sola
 Venciéron tus mejillas, ya no vences
 La inútil amapola,
 Para que te avergüences
 De tus engaños, y á llorar comiences.

La cándida azucena,
 La tersa plata y el marfil bruñido,
 La limpia y blanca arena,
 Al cuerpo que has tenido
 Comparadas, dexáron ofendido

Mas ya todo lo pierdes,
 Y allí tus esperanzas se perdiéron,
 Porque si de hojas verdes

Las

Las plantas se vistiéron,
 Los hombres nunca son lo que ántes fuéron.

Podrás, hermosa Lidia,
 Que de tus gustos es remedio en parte,
 De Circe, y de Canidia
 Si quieres enseñarte,
 Cobrar la fama, y sprender el arte.

Y ya que la hermosura
 No tiene aquí poder, cuya violencia
 Volvió de piedra dura
 Tanta mortal presencia,
 Lo que hizo la hermosura hará la ciencia.

Que ya los que penamos
 Por esos ojos que ninguno crea,
 Con risa nos vengamos
 De la sierpe Lernea,
 Que Hércules mató, y el tiempo afea.

CANCION IV.

La verde primavera
 De mis floridos años
 Pasé cautivo, amor, en tus prisiones,
 Y en la cadena fiera
 Cantando mis engaños,
 Lloré con mi razon tus sinrazones:
 Amargas confusiones
 Del tiempo que ha tenido
 Ciega mi alma, y loco mi sentido.

Tomo III,

2

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
 Biblioteca Valverde y Tolbez

Mas ya que el fiero yugo
 Que la cerviz domaba
 Desata el desengaño con tu afrenta;
 Y al mismo sol enxugo
 Que un tiempo me abrasaba,
 La ropa que saqué de la tormenta;
 Con voz libre y exénta
 Al desengaño santo
 Consagro altares y alabanzas canto.

Quanto contento encierra
 Contar su herida el sano,
 Y en le patria su cárcel el cautivo,
 Entre la paz la guerra,
 Y el libre del tirano,
 Tanto en cantar mi libertad recibo,
 ¡O mar! ¡o fuego vivo!
 Que fuiste al alma mia
 Herida, cárcel, guerra, tiranía.

Quédate, falso amigo,
 Para engañar aquellos
 Que siempre están contentos y quejosos;
 Que desde aquí maldigo
 Los mismos ojos bellos,
 Y aquellos lazos dulces y amorosos,
 Que un tiempo tan hermosos
 Tuvieron, aunque injusto,
 Asida el alma y engañado el gusto.

HIMNO.

Al Amor.

Amor poderoso en el cielo y tierra,
 Dulcísima guerra de aquestos sentidos,
 ¡O quantos perdidos con vida inquieta
 Tu imperio sujeta!

Con vanos deleytes y locos empleos,
 Ardientes deseos y helados temores,
 Alegres dolores y dulces engaños
 Usurpas los años.

Tirano violento de tiernas edades,
 El bien persuades y al mal precipitas,
 El fin solícitas del mismo á quien quieres
 ¡Tan bárbaro eres!

Huid sus engaños, haced resistencia
 A tanta violencia, ó locos amantes,
 Que son semejantes al áspid en flores
 Sus vanos favores.

Templa las flechas en agua de olvido,
 Amor bien nacido, de iguales extremos,
 Porque cantemos tus loores divinos
 En sáficos himnos.

ESTANCIAS.

Riberas del humilde Manzanáres
 Apacentaba una Pastora hermosa,
 Que trasladada del famoso Henáres
 Honraba su corriente sonora:
 Donde con voces tiernas y disparces
 Se queja Filomela lastimosa,
 Hay una fuente cristalina y fría
 En cuyo espejo el sol comienza el día.

Tirano de su gusto y hermosura
 Un rústico Pastor era su dueño,
 Que toda la aspereza y espesura
 Del bosque inculto retrató en su ceño:
 Al rayo de su luz hermosa y pura
 Desvelado Lisardo pierde el sueño,
 Celebrando su nombre en versos graves
 Como al salir del sol cantan las aves.

O mas hermosa Pastorcilla mía,
 Que entre claveles cándida azucena
 Abre las hojas al nacer el día,
 De granos de oro, y de cristales llena:
 ¿Que fuerza, que rigor, que tiranía
 A tanta desventura te condena?
 ¿Mas quando á tantas gracias importuna
 No fué madrastra la cruel fortuna?

¿Visteis por dicha, Ninfas, la belleza
 En este valle de sus verdes cielos,

Si aquel alma de roble, y su aspereza
 Esta licencia permitió á sus zelos?
 Aquí vímos, responden, su tristeza
 Murmurada de tantos arroyuelos,
 Que á las aguas, las plantas y las flores
 Dió vida, dió esperanzas, dió colores,

En esta fuente, cuya margen pisa
 Tal vez con breve estampa el pie de nieve,
 En la del agua retrató su risa
 Y con sus rosas su hermosura bebe:
 Tuviera el valle nueva flor Narcisa,
 Pues á mirarse Filida se atreve,
 Pero turbó el cristal llorando enojos
 El claro aljófár de sus verdes ojos.

No pudiendo Lisardo resistirse
 A tanto amor, y por ventura amado,
 Con dulces ansias intentó morirse
 Sobre las yerbas del florido prado:
 Que imaginando un Angel consumirse,
 Que debiera vivir bien empleado
 Por lo ménos gozándola un discreto,
 Su desesperacion puso en efecto.

Las Ninfas y Pastores que le oyéron,
 Viendo que su Pastor se les moría,
 Baxáron á llorarle, y le cubrieron
 De quantas flores en el prado había;
 Y en el papel de un álamo escribiéron
 Para memoria de aquel triste día,

Ninfas de Manzanáres, y Pastores,
Ya no hay amor, que aquí murió de amores.

Oyó las quejas la Serrana hermosa,
Y llegando al lugar adonde estaba,
Al frío labio le aplicó la rosa,
Que los divinos suyos animaba;
Y fué aquella virtud tan poderosa,
Que le dió vida al tiempo que espiraba,
Y desde entónces Ninfas y Pastores
A desmayos de amor aplican flores.

ROMANCES.

I.

Enfrente de la cabaña
De la divina Amarilis,
Pastora de tiernos años,
Y de pensamientos libres:
Mas gallarda y mas hermosa
Que el alba quando se rie,
Y que las perlas que llora
Sobre rozas y jazmines:
Mas que el sol recién nacido
Entre dorados matices,
Mas que la diosa á quien llevan
Las palomas, ó los cisnes:
Estaba Fabio, un pastor
Que por ella muere y vive,
Generoso para todos,

Para Amarilis humilde.
Alivio de pensamientos,
Que le fuerzan que al sol mire,
Y encogido de esperanzas
Que las alas le derriten.
Adorando está las rejas
De aquellos rayos eclipse,
Que como están entre yerbas,
No la luz, la fuerza impiden.
No hay pintada mariposa
Que mas á la luz se incline
Dando tornos á su fuego
Que Fabio á su cielo asiste.
Vase perdido el ganado
Entre las zarzas y mimbres,
Porque él piensa que lo está,
Como la contemple y mire.
No sabe quando anochece,
Aunque el sol se ponga y quite,
Que solo tiene por dia
Quando amanece Amarilis.
Allí los pasa elevado,
Que como en ella imagine,
No hay interés que le mueva,
Ni cuidados que le obliguen.
No le sirven sus pastores,
Después que á Amarilis sirve,
Que no piensan que aquel cuerpo
Alma tiene que le anime.
Mira los álamos blancos

Abrazados de las vides,
 Porque la desconfianza
 No hay estado que no envidie;
 Y dando entre tierno llanto
 Suspiros del alma, dice:
 ¡Ay! ¡Que así está mi pastora
 Entre los brazos de Tirse!
 Torna á llerar con mas fuerza,
 Y la ribera repite,
 Tirse, Amarilis y Fabio;
 Tirse alegre, Fabio triste.
 Humilde soy para tí,
 El tierno pastor prosigue:
 Pero si es riqueza el alma,
 Pastora, el alma me pide.
 Tú eres perlas, tú eres oro;
 Tú diamantes, tú rubies,
 Quien no te sirve con alma,
 Mas te ofende que te sirve.
 Yo mientras rijo este cuerpo,
 Si no eres tú quien le rige,
 Alma te doy, si eres Cielo,
 Razon es que el alma estimes.
 Dixo, y en un olmo verde
 Estas palabras escribe:
*Quanto es Amarilis bella,
 Es Fabio en amarla firme.*

II.

En una peña sentado,
 Que el mar con soberbia furja
 Convertir pensaba en agua
 Y la descubrió mas dura,
 Fabio miraba en las olas
 Como la playa les hurta
 A las que vienen la plata,
 Y las que se van la espuma.
 Contemplando está las penas
 De amor y de olvido juntas,
 El olvido en las que mueren,
 Y el amor en las que duran,
 Verdades de largo amor.
 No hay olvido que las cubra,
 Ni diligencias humanas
 A desdenosas injurias.
 En vano ruegos humildes
 Las deidades importunan,
 Porque se rien los cielos
 De los amantes que juran.
 Desea amor olvidar,
 Y no quiere que se cumpla,
 Porque nunca está mas firme,
 Que pensando que se muda.
 Naturaleza se alabe
 De discretas hermosuras,
 Pero quando son tiranas,
 No se alabe de niaguna.

Tomó Fabio su instrumento,
Y dixo á las peñas mudas
Sus locuras en sus cuerdas,
Porque pareciesen suyas,

III.

A mis soledades voy,
De mis soledades vengo,
Porque para andar conmigo
Me bastan mis pensamientos.
No sé que tiene el Aldea,
Donde vivo y donde muero,
Que con venir de mi mismo
No puedo venir mas lejos.
Ni estoy bien, ni mal conmigo;
Mas dice mi entendimiento,
Que un hombre que todo es alma
Está cautivo en su cuerpo.
Entiendo lo que me basta,
Y solamente no entiendo
Como se sufre á sí mismo
Un ignorante soberbio.
De quantas cosas me cansan,
Fácilmente me defiendo;
Pero no puedo guardarme
De los peligros de un necio.
El dirá que yo lo soy,
Pero con falso argumento,
Que humildad y necedad
No caben en un sugeto.

La diferencia conozco
Porque en él y en mí contemplo,
Su locura en su arrogancia,
Mi humildad en su desprecio.
O sabe naturaleza
Mas que supo en este tiempo;
O tantos que nacen sabios,
Es porque lo dicen ellos.
Solo sé que no sé nada,
Dixo un Filósofo, haciendo
La cuenta con su humildad,
Adonde lo mas es ménos.
No me precio de entendido,
De desdichado me precio,
Que los que no son dichosos,
¿Como pueden ser discretos?
No puede durar el mundo,
Porque dicen, y lo creo,
Que suena á vidrio quebrado
Y que lia de romperse presto.
Señales son del juicio
Ver que todos le perdemos,
Unos por carta de mas,
Otros por carta de ménos.
Dixéron, que antiguamente
Se fué la verdad al Cielo:
Tal la pusieron los hombres,
Que desde entónces no ha vuelto.
En dos edades vivimos
Los propios y los agenos,

La de plata los extraños,
 Y la de cobre los nuestros.
 ¿A quien no dará cuidado,
 Si es Español verdadero,
 Ver los hombres á lo antiguo
 Y el valor á lo moderno?
 Dixo Dios, que comeria
 Su pan el hombre primero
 Con el sudor de su cara
 Por quebrar su mandamiento:
 Y algunos inobedientes
 A la vergüenza y al miedo,
 Con las prendas de su honor
 Han trocado los efectos.
 Virtud y Filosofia
 Peregrinan como ciegos:
 El uno se llevó al otro,
 Llorando van y pidiendo.
 Dos Polos tiene la tierra,
 Universal movimiento,
 La mejor vida el fuor,
 La mejor sangre el dinero.
 Oygo tañer las campanas,
 Y no me espanto, aunque puedo,
 Que en lugar de tantas cruces
 Haya tantos hombres muertos.
 Mirando estoy los sepulcros,
 Cuyos mármoles éternos
 Están diciendo sin lengua
 Que no lo fuéron sus dueños.

¡O bien haya quien los hizo!
 Porque solamente en ellos
 De los poderosos grandes
 Se vengaron los pequeños.
 Fea pintan á la envidia:
 Yo confieso que la tengo
 De unos hombres que no saben
 Quien vive pared en medio.
 Sin libros y sin papeles,
 Sin tratos, cuentas ni cuentos,
 Quando quieren escribir,
 Piden prestado el tintero.
 Sin ser pobres, ni ser ricos,
 Tiene chimenea y huerto:
 No los despiertan cuidados,
 Ni pretensiones, ni pleytos.
 Ni murmuraron del grande
 Ni ofendieron al pequeño,
 Nunca como yo firmaron
 Parabien, ni Pascuas diéron.
 Con esta envidia que digo,
 Y lo que paso en silencio
 A mis soledades voy,
 De mis soledades vengo.

ODAS.

A la Barquilla.

I.

Pobre Barquilla mía,
 Entre peñascos rota,
 Sin velas desvelada,
 Y entre las olas sola.
 ¿Adonde vas perdida?
 ¿Adonde, di, te engolfas?
 Que no hay deseos cuerdos
 Con esperanzas locas.
 Como las altas naves
 Te apartas animosa
 De la vecina tierra,
 Y al fiero mar te arrojas.
 Igual en las fortunas,
 Mayor en las congojas,
 Pequeña en las defensas
 Incitas á las ondas.
 Advierte que te llevan
 A dar entre las rocas,
 De la soberbia envidia;
 Naufragió de las honras.
 Cuando por las riberas
 Andabas costa á costa,
 Nunca del mar temiste
 Las iras procelosas.
 Segura navegabas;

DE LOPE DE VEGA.

Que por la tierra propia
 Nunca el peligro es mucho
 Adonde el agua es poca.
 Verdad es, que en la patria
 No es la virtud dichosa;
 Ni se estimó la perla,
 Hasta dexar la concha.
 Dirás, que muchas barcas,
 Con el favor en popa,
 Saliendo desdichadas
 Volviéron venturosas,
 No mires los exemplos
 De las que van y tornan,
 Que á muchas ha perdido
 La dicha de las otras.
 Para los altos mares
 No llevas cautelosa,
 Ni velas de mentiras,
 Ni remos de lisonjas.
 ¿Quien te engañó, Barquilla?
 Vuelve, vuelve la proa,
 Que presumir de nave
 Fortunas ocasiona.
 ¿Que xarcias te entretexen?
 Que ricas vanderolas
 Azote son del viento,
 Y de las aguas sombra?
 ¿En que gubia descubres,
 Del árbol alta copa,
 La tierra en perspectiva

Del mar incultas orlas?
 ¿En que celages fundas ,
 Que es bien echar la sonda ,
 Quando perdido el rumbo
 Erraste la derota ?
 Si te sepulta arena ,
 ¿Que sirve fama heroyca ?
 Que nunca desdichados
 Sus pensamientos logran .
 ¿Que importa que te ciñan
 Ramas verdes ó roxas ,
 Que en selvas de corales
 Salado cesped brota ?
 Laureles de la orilla
 Solamente coronan
 Navíos de alto bordo ,
 Que xarcias de oro adornan .
 No quieras que yo sea ,
 Por tu soberbia pompa ,
 Faetonte de barqueros ,
 Que los laureles lloran .
 Pasáron ya los tiempos ,
 Quando lamiendo rosas
 El Céúro bullía
 Y suspiraba aromas .
 Ya fieros uracanes
 Tan arrogantes soplan ,
 Que salpicando estrellas ,
 Del sol la frente mojan .
 Ya los valientes rayos

De la vulcana forja ,
 En vez de torres altas
 Abrasan pobres chozas .
 Contenta con tus redes
 A la playa arenosa
 Mojado me sacabas ;
 Pero vivo , ¿ que importa ?
 Quando de roxo nícar
 Se afeytaba la Aurora ,
 Mas peces te llenaban ,
 Que ella lloraba aljófar .
 Al bello sol , que adoro ,
 Enxuta ya la ropa
 Nos daba una cabaña
 La cama de sus hojas .
 Esposo me llamaba ,
 Yo la llamaba Esposa ,
 Parándose de envidia
 La celestial antorcha .
 Sin pleyto , sin disgusto ,
 La muerte nos divorcia :
 ¡ Ay de la pobre barca ,
 Que en lágrimas se ahoga !
 Quedad sobre el arena ,
 Intútiles escotas ,
 Que no ha menester velas
 Quien á su lien no torna .
 Si con eternas plantas
 Las fixas luces doras ,
 ¡ O dueño de mi barca !

Y en dulce paz reposas :
 Merezca que le pidas
 Al bien que eterno gozas ,
 Que adonde estás me lleve
 Mas pura y mas hermosa.
 Mi honesto amor te obligue,
 Que no es digna victoria
 Para quejas humanas
 Ser las deidades sordas.
 ¡ Mas ay que no me escuchas !
 Pero la vida es corta ,
 Viviendo todo falta ,
 Muriendo todo sobra.

II.

Para que no te rayas ,
 Pobyte Barquilla á pique ,
 Lastremos de desdichas
 Tu fundamento triste.
 ¿ Pero tan grave peso
 Como podrás sufrirle ?
 Si fuera de esperanzas ,
 No fuera tan difícil.
 De viento fueron todas ,
 Para que no te fies
 De grandes Oceanos ,
 Que las bonanzas fingen ,
 Halagan las orillas
 Con ondas apacibles ,
 Peynando las arenas

Con círculos sutiles.
 Serenas de semblante
 Engañan los esquifes ,
 Jugando con los remos ,
 Porque no los avien.
 Pero en llegando al golfo ,
 No ay monte que se empina
 Al Cielo mas gigante ,
 Adonde tantos gimen.
 Traydoras son las aguas :
 Ninguna se confie
 De condicion tan fácil ,
 Que á todos vientos sirva.
 Tan presto ver el cielo
 A las gabias permite ,
 Como que los abismos
 Las rotas quillas pisen ,
 Ya , pobre leño mio ,
 Que tantos años fuiste
 Desprecio de las ondas ,
 Por Scilas y Caribdis ;
 Es justo que descanses ,
 Y en este tronco firme
 Atado como loco
 Del agua te retires.
 No intentes nuevas tablas ,
 Ni al viento desafies ,
 Que ruinas del tiempo
 Ninguna enmienda admiten.
 Mientras te cuclgo al templo ,

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

130 St. George Street, Toronto, Ontario, Canada M5S 1A5

"ALFONSO DE LERMA"

Amo. 1825-MONTEVIDEO, URUGUAY

Victorioso apercibe
 Para injustos agravios
 Paciencias invencibles.
 En la deshecha popa
 Desengañado escribe :
 Ninguna fuerza humana
 Al tiempo se resiste.
 No te anuncien las aves
 Tempestades terribles,
 Ni el ver que entre las ramas
 Airado el viento silve.
 No admires los que salen,
 Ni barco nuevo envidies,
 Porque le adornen xarcias,
 Y velas le entapicen.
 A climas diferentes
 La herrada proa inclinen
 Las poderosas naves
 De Césares Felipes.
 Antárticos tesoros
 Alegres soliciten,
 Diamantes orientales,
 Záfiro y amatistes.
 Las armas de las popas
 Con generosos timbres
 Los montes de agua espanten.
 La tierra opuesta admiren.
 Y tú de solo el cielo
 Cubierta, no porfies
 A volver á las ondas ,

De quien saliste libre.
 Huye abrasadas Troyas,
 Siendo al furor de Aquiles
 Encás el silencio,
 Y la virtud Anquises.
 Cuando tu dueño y mio
 En esta orilla viste,
 Saliendo de las aguas,
 Salir á recibirme,
 Aun no mostraba el Alba
 Sus cándidos perfiles
 Riendo en azucenas,
 Llorando en aleties.
 Quando á buscar regalos,
 Eras pomposo cisne
 Por las ocultas sendas
 Del Reyno de Anfitrite;
 Ni temias tormentas,
 Ni encantadoras Circes,
 Que ya para Sirenas
 Era mi amor Ulises.
 Y aun me viéron á veces
 Sus cristalinas sirtes
 Búzano de las perlas,
 Y de los peces lince.
 ¿Que pesca no le truxe,
 Quando la noche viste
 De sombras estos montes,
 Que con mi amor compiten?
 Y no en luciente plata,

Sino en texidas mimbres,
 Que donde vienen almas
 Son las riquezas viles.
 No hay cosa entre dos pechos
 Que mas el alma estime,
 Que verdades discretas
 En apariencias simples.
 Ya la temida parca,
 Que con igual pie mide
 Los edificios altos,
 Y las chozas humildes,
 Se la robó la tierra,
 Y con eterno eclipse
 Cubrió sus verdes ojos,
 Ya de los cielos Iris,
 Aquellas esmeraldas,
 Que con el sol dividen
 La luz y la hermosura,
 En otro cielo asisten.
 Aquellos que tuvieron,
 Riéndose apacibles,
 La honestidad por alma,
 Que no el despejo libre:
 Ya de su voz no tienen,
 Que propiamente imiten
 Dulcísimos pasages,
 Los ruyseñores típles.
 No sé qual fué de entrámbos,
 Bellísima Amarilis,
 Ni quien murió primero,

Ni quien agora vive.
 Prequino, que trocamos
 Las almas al partirte:
 Que pienso que es la tuya
 Esta que en mí reside.
 Tendido en esta arena
 Con lágrimas repite
 Mi voz tu dulce nombre,
 Porque mi pena alivie.
 Las ondas me acompañan,
 Que en los opuestos fines
 Con tristes ecos suenan,
 Y lo que digo dicen.
 No hay roca tan soberbia
 Que de verme y oirme,
 No se deshaga en agua,
 Se rompa y se lastime.
 Levantan las cabezas
 Las Focas y Delfines
 A las amargas voces
 De mis acentos tristes.
 No os admiréis, les digo;
 Que lloro y que suspire
 Aquel barquero pobre;
 Que alegre conocisteis.
 Aquel, que coronaban
 Laureles por insigne,
 Si no miente la fama,
 Que á los estudios siguió;
 Ya por desdichas tantas

Que le humillan y oprimen ,
 De lúgubres cipreses
 La humilde frente ciñe.
 Ya todo el bien que tuve
 De verle me despide :
 Su muerte es esta vida
 Que me gobierna y rige.
 Ya mi amado instrumento ,
 Que hazañas invencibles
 Cantó por admirables ,
 Lloró por infelices ,
 En estos verdes sauces
 Ayer pedazos hice ;
 Supiéronlo Barqueros ,
 Enojados me riñen.
 Qual toma los fragmentos
 Y á unirlos se ápercibe ;
 Pero difunto el dueño ,
 ¿ Las cuerdas de que sirven ?
 Qual le compone versos :
 Qual porque no le pisen
 Le cuelga de las ramas
 Transformación de Tisbe.
 Mas yo , que no hallo engaño
 Que tu hermosura olvide ,
 A quanto me dixéron
 Llorando satisfice.
 Primero que me alegre
 Será posible unirse

Este

Este mar al de Italia ,
 Y el Tajo con el Tibre.
 Con los corderos mansos
 Retozarán los tigres ,
 Y saltará á la ciencia
 La envidia , que la sigue.
 Que quiero yo que el alma
 Llorando se destile ,
 Hasta que con la suya
 Esta unidad duplique.
 Que puesto que mi llanto
 Hasta morir porfie ,
 Tan dulces pensamientos
 Serán despues Fenices.
 En bronce sus memorias ,
 Con eternos buriles ,
 Amor , que no con plomo ,
 Blando papel imprime.
 ; O luz , que me dexaste ,
 Quando será posible
 Que vuelva á verte el alma ,
 Y que esta vida anime !
 Mis soledades siente ;
 ; Mas ay ! que donde vives
 De mis desos locos
 En dulce paz te ríes.

Tomo III.

4

III.

¡Ay soledades tristes
 De mi querida prenda,
 Donde me escuchan solas
 Las ondas y las fieras!
 Las unas que espumosas
 Nieve en las peñas siembran,
 Porque parezcan blandas
 Con mi dolor las peñas.
 Las otras, que bramando
 Ya tiemblan la fiereza,
 Y en sus entrañas hallan
 El eco de mis quejas.
 ¿Como sin alma vivo
 En está seca arena?
 ¿O como espero el día
 Si está mi Aurora muerta?
 ¿O pediré llorando
 La noche de su ausencia,
 Que pues ya viven juntas,
 Entrámbas amanezcan?
 Pero saldrán las tuyas,
 Y no saldrá mi estrella:
 Que aunque de noche salen,
 Padece noche eterna.
 Alma Vénus divina,
 Que día y noche muestras
 La senda del aurora,

Y del mayor planeta,
 Por esta noche sola
 Le da la presidencia;
 Pues sabes que te iguala
 Su luz, y su pureza.
 Cubra funesto luto,
 Barquilla pobre y yertna,
 De la proa á la popa
 Tus xarcias y tus velas.
 No ya ceñal te vista,
 Ni te coronen fiestas
 Marítimos hinojos,
 Mas venenosa adelfa.
 Las juncias y espadanas,
 Que de aquestas riberas
 Con sus dorados lirios
 Textidas orlas eran,
 Y los laureles verdes
 Secos tarayes sean:
 Lo inútil de sus hojas
 Mis esperanzas tengan.
 Y rómpaste de suerte,
 Que parezcas deshecha
 Cabaña despreciada,
 Que los Pastores dexan.
 No ya por la mesana
 Tus flámulas parezcan
 Serpes de seda el viento,
 De tafetan cometas.

No de alegres colores,
 Sino de sombras negras,
 Las palas de tus remos
 Las ondas encanezcan.
 No las desnudas Ninfas,
 Quando la vela tiendas,
 A la embreada quilla
 Arrimen las cabezas.
 Deshechos uracanes
 Te saquen y te vuelvan;
 Pues ya la mar de España
 Les concedió licencia.
 Vosotros, ó barqueros,
 Que en aquestas aldeas
 Dexais vuestras esposas
 Hermosas y discretas,
 Si obligan amistades
 A mis tristes endechas,
 En tanto que las olas
 Por estas rocas trepan;
 Pues viven retiradas
 Las barcas y las pescas,
 Ayudad con suspiros
 Mis lastimosas quejas.
 El que á la mar saliere,
 Para que presto vuelva,
 Embárquese en mis ojos,
 Y le tendrá mas cerca.
 El que estuviere alegre,

Ni venga, ni me vea,
 Que volverá de verme
 Con inmortal tristeza.
 Cortad cipres funesto,
 Y acompañad mi pena
 Con versos infelices
 De miseras elegias.
 Y el que mejores rimas
 Hiciere á las exéquias
 De mi querida esposa,
 Tal premio se prometa
 Aquí tengo dos vasos,
 Donde esculpidas tengo
 La desdeñosa Dafne,
 Y la amorosa Leda.
 Aquella verde lauro,
 Y con las plumas esta
 Del cisne, por quien Troya
 Llamó su fuego á Elena.
 Y dos redes tan juntas,
 Que si sus nudos cuenta,
 Podrá suspiros míos,
 Y yo del mar la arena.
 Sacarán las Nayades,
 Las Driadas y Oreas,
 Aquellas de las ondas,
 Las otras de las selvas,
 Las frentes que coronan
 Corales y verbenas,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO H. IZS"
 Apto. 1626 ORGANIZACION, MEXICO

Para que doble el llanto
 Tan misera tragedia.
 Ya es muerta, decid todos,
 Ya cubre poca tierra
 La divina Amarilis,
 Honor y gloria nuestra.
 Aquella, cuyos ojos
 Verdes, de amor centellas,
 Músicos celestiales
 Orfeos de almas eran:
 Cuyas hermosas niñas
 Tenian, como Reynas,
 Doseles de su frente,
 Con armas de sus cejas.
 Aquella cuya boca
 Daba leccion risueña
 Al mar de hacer corales,
 Al alba de hacer perlas.
 Aquella, que no dixo
 Palabras estrangeras
 De la virtud humilde
 Y la verdad honesta.
 Aquella, cuyas manos,
 De vivo azar compuestas,
 Eran nieve en blancura
 Cristal en transparencia.
 Cuyos pies parecian
 Dos ramos de azucenas,
 Si para ser mas lindas

Nacieran tan pequeñas.
 La que en la voz divina
 Desafió Sirenas,
 Para quien nunca
 Pudiera hallar cautela.
 La que añadió al Parnaso
 La Musa mas perfecta,
 La virtud y el ingenio,
 La gracia y la belleza.
 Matóla su hermosura,
 Porque ya no pudiera
 La envidia oír su fama,
 Ni ver su gentileza.
 Venid á consolarme,
 Si puede ser que sea;
 Mas no vengais, barqueros,
 Que no quiero perderla.
 Que si mi vida dura,
 Es solo porque sienta
 Mas muerte con la vida,
 Mas vida, que sin ella.
 Ya roto el instrumento,
 Los lazos y las cuerdas,
 Lo que la voz solia,
 Las lágrimas celebran.
 Su dulce nombre llamo;
 Mas poco me aprovecha,
 Que el eco que me burla,
 Con mis acentos suena.

Mi propia voz me engaña,
 Y como voy tras ella,
 Quanto la sigo y llamo,
 Tanto de mi se aleja.
 En este dulce engaño,
 Pensando que me espera,
 Salen del alma sombras
 A fabricar ideas.
 Delante se me ponen,
 Y yo con ansia extrema
 Lo que imagino abrazo,
 Por ver si efecto engendra.
 Pero en desdicha tanta,
 Y en tanta diferencia,
 Los brazos que engañaba
 Desengañados quedan.
 ¡Que alegre respondia
 Dividiendo risueña
 Aquel clavel honesto
 En dos esferas medias!
 Y yo, su esposo triste,
 Al desatar la lengua,
 Cogia de sus hojas
 La risa con las perlas.
 Mas ya no me responde
 Mi dulce amada prenda,
 Que en el silencio eterno
 A nadie dan respuesta.
 De suerte sus memorias

En soledad me dexan,
 Que busco sus estampas
 Por esta arena seca.
 Y donde tantas miro,
 (¡Que locura tan nueva!)
 Escojo las menores,
 Y digo que son ellas.
 No hay árbol donde tuva
 Alguna vez la siesta,
 Que no le abrace y pida
 La sombra que me niega:
 Y entre estas soledades,
 Con ansias tan estrechas,
 No miro su retrato,
 Y muérome por verla.
 Que no pueden los ojos
 Sufrir, que muerta sea
 La que tan lindo talle
 Pintada representa.
 Lo que deseo huyo,
 Porque de ver me pesa,
 Que dure mas el arte
 Que la naturaleza.
 Sin esto, porque creo,
 (Como me mira atenta)
 Que pues que no me habla
 No debe de ser ella.
 Pintóla Francelise:
 De las paredes cuelga

De mi cabaña pobre :
 ¡ Mas que mayor riqueza !
 Si alguna vez acaso
 Levanto el rostro á verla,
 Las lágrimas la miran,
 Porque los ojos ciegan.
 Mas no podrá quejarse
 De que otra cosa vean,
 Aunque mirase flores,
 Sin parecerme feas.
 Tan triste vida paso,
 Que todo me atormenta :
 La muerte porque huye,
 La vida porque espera.
 Cuando barqueros miro,
 Cuyas esposas muertas,
 Que tanto amáron vivas,
 Olvidan y se alegran,
 Huyo de hablar con ellos,
 Por no pensar que puedan
 Hacer en mí los tiempos
 A su memoria ofensa.
 Porque si alguna cosa,
 Aun suya, me consuela,
 Ya pienso que la agravio,
 Y dexo de tenerla.
 Así lloraba Fabio
 Del mar en las riberas
 La vida de Amarilis,

La muerte de su ausencia,
 Quando atajáron juntas
 Con desmayada fuerza
 El corazon las ansias,
 Las lágrimas la lengua.
 Amor que le escuchaba,
 Dixo : la edad es esta
 De Piramo y Leandro,
 De Porcia, Julia y Fedra :
 Que no son de estos siglos
 Amores tan de véras,
 Que ni el morir los cura,
 Ni el tiempo los remedia.

SONETOS.

I.

Ardese Troya, y sube el humo oscuro
 Al enemigo cielo, y entretanto
 Alegre Juno mira el fuego y llanto ;
 ¡ Venganza de muger, castigo duro !

El vulgo aun en los templos mal seguro,
 Huye cubierto de amarillo espanto,
 Corre cuajada sangre el turbio Xánto
 Y viene á tierra el levantado muro.

Crece el incendio propio al fuego extraño,
 Las empinadas máquinas cayendo,
 De que se ven ruinas y pedazos :

Y la dura ocasion de tanto daño,
Mientras vencido París muere ardiendo,
Del Griego vencedor duerme en los brazos.

II.

Tenid piedad de mí que muero ausente,
Hermosas Ninfas de este blando rio,
Que bien os lo merece el llanto mio
Con que suelo aumentar vuestra corriente.

Saca la coronada y blanca frente,
Tórmes famoso, á ver mi desvario;
Así jamas te mengüe el seco estío,
Y esta montaña tu cristal aumente.

¿Mas que importa que el llanto me recibas
Si no vas á morir al Tajo, donde
Mis penas pueda ver la causa dellas?

Tus Ninfas en tus ondas fugitivas,
Y tu cabeza coronada esconde,
Que basta que me escuchen las estrellas.

III.

Judit.

Cuelga sangriento de la cama al suelo
El hombro diestro del feroz tirano,
Que opuesto al muro de Betulia en vano
Despidió contra sí rayos al cielo.

Revuelto

Revuelto con el ansia el roxo velo
Del pabellon á la siniestra mano,
Descubre el espectáculo inhumano
Del tronco horrible convertido en hielo.

Vertido Baco el fuerte arnes afea,
Los vasos y la mesa derribada,
Duermen las guardas que tan mal emplea;

Y sobre la muralla coronada
Del pueblo de Israel, la casta Hebrea
Con la cabeza resplandece armada.

IV.

Con nuevos lazos como el mismo Apolo
Hallé en cabello á mi Lucinda un dia,
Tan hermosa que al cielo parecia
En la risa del alba abriendo el polo.

Vino un ayre sutil y desatólo
Con blando golpe por la frente mia,
Y dixé á Amor, que para que tenia
Mil cuerdas juntas para un arco solo.

Pero él responde, fugitivo mio,
Que burlaste mis brazos, hoy aguardo
De nuevo echar prision á tu albedrio.

Yo triste que por ella muero y ardo
La red quise romper: ¡que desvario!
Pues mas me enredo quanto mas me guardo.

Tomo III.

5

V.

A la pérdida del Rey D. Sebastian.

¡O nunca fueras, Africa desierta,
En medio de los trópicos fundada
Ni por el fértil Nilo coronada
Te viera el Alba quando el sol despierta!

¡Nunca tu arena iaculta descubierta
Se viera de cristiana planta honrada,
Ni abriera en tí la portuguesa espada
A tantos males tan sangrienta puerta!

Perdióse en tí de la mayor nobleza
De Lusitania una florida parte,
Perdióse su corona y su riqueza:

Pues tú que no mirabas su estandarte,
Sobre él los pies, levantas la cabeza
Ceñida en torno del laurel de Marte.

VI.

Quando pensé que mi tormento esquivo
Hiciera fin, comienza mi tormento,
Y allí donde pensé tener contento,
Allí sin él desesperado vivo.

Donde enviaba por el verde olivo
Me truxo sangre el triste pensamiento,
Los bienes que pensé gozar de asiento
Huyéron mas que el ayre fugitivo.

¡Cuitado yo! que la enemiga mia
Ya de tibieza en yelo se deshace,
Ya de mi fuego se consume y arde.

Yo he de morir, y ya se acerca el día;
Que el mal en mi salud su curso hace,
Y quando llega el bien es poco y tarde.

VII.

Guzman el Bueno.

Al tierno niño, al nuevo Isac Cristiano
En el arena de Tarifa mira
El mejor padre con piadosa ira,
La lealtad y el amor luchando en vano.

Alta la daga en la temida mano,
Glorioso vence, intrépido la tira,
Ciega el sol, nace Roma, amor suspira,
Triunfa España, enmudece el Africano.

Baxó la frente Italia, y de la suya
Quitó á Toreato el lauro en oro y bronce,
Porque ninguno ser Guzman presume:

Y la fama principió de la tuya,
Guzman el Bueno escribe, siendo entonces
La tinta sangre, y el cuchillo pluma.

VIII.

Antes que el cierzo de la edad ligera
Seque la rosa, que en tus labios crece,

3*

UNIVERSIDAD DE LEÓN
 BIBLIOTECA DE ESTUDIOS
 ADQ. 1825 MONTEBELL, MILANO

Y el blanco de ese rostro que parece
Cándidos grumos de lavada cera,

Estima la esmaltada primavera,
Laura gentil, que en tu beldad florece,
Que con el tiempo se ama y se aborrece,
Y huirá de ti quien á tu puerta espera.

No te detengas en pensar, que vives,
O Laura, que en tocarte y componerte
Se entrará la vejez sin que la llames.

Estima un medio honesto, y no te esquivas
Que no ha de amarte quien viniere á verte,
Laura, quando á ti misma te desames.

IX.

Qual engañado niño, que contento
Pintado paxarillo tiene atado,
Y le dexa en la cuerda confiado,
Tender las alas por el manso viento:

Y quanto mas en esta gloria atento,
Quebrándose el cordel quedó burlado,
Siguiéndole en sus lágrimas bañado
Con los ojos y el triste pensamiento;

Contigo he sido amor, que mi memoria
Dexé llevar de pensamientos vanos
Colgados de la fuerza de un cabello:

Llévose el viento el páxaro y mi gloria;
Y dexóme el cordel entre las manos
Que habrá por fuerza de servirme al cuello.

X.

Daba sustento á un paxarillo un día
Lucinda, y por los hierros del portillo
Fuélese de la jaula el paxarillo
Al libre viento en que vivir solía.

Con un suspiro á la ocasion tardía
Tendió la mano, y no pudiendo asillo,
Dixo, y de sus mexillas amarillo
Volvió el clavel que entre su nieve ardía.

¿ Adonde vas por despreciar el nido
Al peligro de ligas y de balas,
Y el dueño huyes que tu pico adora?

Oyóla el paxarillo enternecido,
Y á la antigua prison volvió las alas,
Que tanto puede una muger que llora.

XI.

Suelta mi manso, mayoral extraño,
Pues otro tienes tú de igual decoro,
Suelta la prenda que en el alma adoro
Perdida por tu bien y por mi daño.

Ponle su esquila de labrado estaño,
Y no le engañen tus collares de oro,
Toma en albricias este blanco toro
Que á las primeras yerbas cumple un año,

Si pides señas, tiene el vellocino
Pardo, encrespado, y los ojelos tiene
Como durmiendo en regalado sueño.

Si piensas, que no soy dueño, Alcino,
Suelta y verásle si a mi choza viene,
Que aun tienen sal las manos de su dueño.

XII.

Canta páxaro amante en la enramada
Selva á su amor, que por el verde suelo.
No ha visto el cazador, que con desvelo
Le está acocchando la ballesta armada.

Tírale, yerra, vuela, y la turbada
Voz en el pico convertida en yelo;
Vuelve, y, de ramo en ramo acorta el vuelo
Por no alejarse de la prenda amada.

Destá suerte el amor canta en el nido:
Mas luego que los zelos que recela
Le tiran flechas de temor, de olvido:

Huye, teme, sospecha, inquiere, zela,
Y hasta que ve que el cazador es ido,
De pensamiento en pensamiento vuela.

XIII.

Esparcido el cabello por la espalda,
Que fué del sol desprecio á maravilla,
Silvia cogía por la verde orilla
Del mar de Cádiz conchas en su falda,

El agua entre el hinojo de esmeralda
Para que entrase mas su curso humilla,
Texió de mimbre una alta canastilla,
Y pásola en su frente por guirnalda.

Mas quando ya desamparó la playa,
Mal haya, dixo, el agua, que tan poca
Con su sal me abrasó pies y vestidos.

Yo estaba cerca y respondi: mal haya
La sal que tiene tu graciosa boca,
Que así tiene abrasados mis sentidos.

XIV.

Merezca yo de tus graciosos ojos,
Que de los míos, dulce Tírsi, creas
Aquestas puras lágrimas, y seas
Templado en el rigor de tus enojos.

La arena y yerba en áspides y abrojos
Se me conviertan quando tú me veas
Mis plantas ocupar en obras feas,
O por necesidad, ó por antojos.

Fálteme el bien y el mal me venga junto,
Si en el mudar mi firme pensamiento
Engaño contra tí mi pecho fragua.

Esto juraba Alcida, Tírsi al punto
Hizo de aquella fé testigo al viento,
Y escribió las palabras en el agua.

XV.

Un soneto me manda hacer Violante,
Que en mi vida me he visto en tal aprieto,
Catorce versos dicen que es soneto,
Burla burlando van los tres delante.

Yo pensé que no hallara consonante,
Y estoy á la mitad de otro quarteto,
Mas si me veo en el primer terceto
No hay cosa en los quartetos que me espante.

Por el primer terceto voy entrando,
Y aun parece que entré con pie derecho,
Pues fin con este verso le voy dando.

Ya estoy en el segundo, y aun sospecho,
Que estoy los trece versos acabando:
Contad si son catorce, y está hecho.

XVI.

Así en las olas de la mar feroces,
Bétis, mil siglos tu cristal escondas,
Y otra tanta ciudad sobre tus ondas
De mil navales edificios goces;

Así tus cuevas no interrumpen voces
Ni quillas toquen, ni permitan sondas,
Y en tu campo tan fértil correspondas,
Que rompa el trigo las agudas hoces;

Así en tu arena el Indio márgen rinda,
Y el avariento corazón descubras,
Mas barras que en ti mira el cielo estrellas;

Que si pusiere en tí sus pies, Lucinda,
No, por besallos, sus estampas cubras,
Que estoy zeloso y voy leyendo en ellas.

EPÍSTOLA.

Serrana hermosa, que de nieve helada
Fueras, como parece en el efecto,
Si amor no hallara en tu rigor posada;

Del sol y de mi vista claro objeto,
Centro del alma que á tu gloria aspira,
Y de mi verso altísimo sujeto;

Alba dichosa que en mi noche aspira,
Divino basilisco, lince hermoso,
Nube de amor por quien sus nubes tira;

Salteadora gentil, monstro amoroso,
Salamandra de nieve, y no de fuego,
Para que viva con mayor reposo;

Hoy que á estos montes y á la muerte llega
Donde vine sin tí, sin alma y vida,
Te escribo de llorar cansado y ciego.

Pero dirás que es pena merecida
De quien pudo sufrir mirar tus ojos
Con lágrimas de amor en la partida.

Advierte que eres alma en los despojos
Desta parte mortal, que á ser la mía,
Faltara en tantas lágrimas y enojos.

Que no viera quien de ti partia,
Ni ausente ahora, á no esforzarle tanto
Las esperanzas de un alegre dia.

Aquella noche en su mayor espanto
Consideré la pena de perderte;
La dura soledad creciendo el llanto;

Y llamando mil veces á la muerte,
Otras tantas miré que me quitaba
La dulce gloria de volver á verte.

A la ciudad famosa que dexaba
La cabeza volví que desde lejos
Sus muros con sus fuegos me enseñaba:

Y dándome en los ojos los reflexos,
Gran tiempo hácia la parte en que vivias,
Los tuvó amor suspensos y perplexos.

Y como imaginaba que tendrias
De lágrimas los bellos ojos llenos,
Pensándolas juntar crecí las mias.

Mas como los amigos de esto agenas
Reparasen en ver que me paraba,
En el mayor dolor fué el llanto ménos.

Ya pues que el alma y la ciudad dexaba,
Y no se oia del famoso rio
El claro son con que sus muros lava;

A Dios, dixé mil veces, dueño mio,
Hasta que á verme en tu ribera vuelva,
De quien tan tiernamente me desvío.

No suele el ruiseñor en verde selva
Llorar el nido de uno en otro ramo
De florido arrayan y madre selva,

Con mas doliente voz que yo te llamo,
Ausente de mis dulces paxarillos
Por quien en llanto el corazon derramo.

Ni brama, si le quitan sus novillos,
Con mas dolor la vaca, atravesando
Los campos de agostados amarillos:

Ni con arrullo mas lloroso y blando,
La tórtola se queja, prenda mia,
Que yo me estoy de mi dolor quejando.

Lucinda, sin tu dulce compañía,
Y sin las prendas de tu hermoso pecho,
Todo es llorar desde la noche al dia:

Que con solo pensar que está deshecho
Mi nido ausente, me atraviesa el alma,
Dando mil ñudos á mi cuello estrecho.

Que con dolor de que le dexo en calma,
Y el fruto de mi amor goza otro dueño,
Parece que he sembrado ingrata palma.

Llegué Lucinda, al fin, sin verme el sueño
En tres veces que el sol me vió tan triste,
A la aspereza de un lugar pequeño:

A quien de murtas, y peñascos viste
Sierra Morena, que se pone en medio
Del dichoso lugar en que naciste.

Allí me pareció que sin remedio
Llegaba el fin de mi mortal camino,
Habiendo apenas caminado el medio.

Y quando ya mi pensamiento vino,
Dexando atras la sierra, á imaginarle
Creció con el dolor el destino :

Que con pensar que estás de la otra parte,
Me pareció que me quitó la sierra
La dulce gloria de poder mirarte.

Baxé á los llanos de esta humilde tierra
A donde me prendiste y cautivaste,
Y yo fui esclavo de tu dulce guerra.

No estaba el Tajo con el verde engaste
De su florida márgen, qual solia
Quando con esos pies su orilla honraste :

Ni el agua clara á su pesar subia
Por las sonoras ruedas, ni baxaba,
Y en pedazos de plata se rompía.

Ni Filomela su dolor cantaba,
Ni se enlazaba parra con espino,
Ni yedra por los árboles trepaba :

Ni pastor extranjero, ni vecino
Se coronaba del laurel ingrato,
Que algunos tienen por laurel divino.

Era su valle imagen y retrato
Del lugar, que la corte desampara
Del alma de su espléndido aparato.

Yo,

Yo, como aquel que á contemplar se para
Ruinas tristes de pasadas glorias,
En agua de dolor bañé mi cara.

De tropel acudieron las memorias,
Los asientos, los gustos, los favores,
Que á veces los lugares son historias.

Y en mas de dos que yo te dixé amores,
Parece que escuchaba tus respuestas,
Y que estaban allí las mismas flores.

Mas como en desventuras manifiestas
Suele ser tan costoso el desengaño,
Y sus veloces alas son tan prestas :

Vencido de la fuerza de mi daño
Caí desde mí mismo medio muerto,
Y conmigo tambien mi dulce engaño.

Teniendo pues mi duro fin por cierto,
Las ninfas de las aguas, los pastores
Del soto, y los vaqueros del desierto,

Cubriéndome de yerbas y de flores
Me lloraban diciendo : aqui fenece
El hombre que mejor trató de amores :

Y puesto que Lucinda le merece,
Que su vida consiste en su presencia,
El tambien con su muerte la engrandece.

Entónces yo, que haciendo resistencia
Estaba con tu luz al dolor mio,
Abri los ojos que cerró tu ausencia.

Tomo III.

6

Luego desamparando el valle frío
Las ninfas bellas, con sus rubias frentes
Rompiéron el cristal del manso río :

Y en círculos de vidrio transparentes
Las divididas aguas resonaron,
Y en las peñas los ecos diferentes.

Los pastores tambien desampararon
El muerto vivo, y en la tibia arena
Por sombra de quiea era me dexaron.

Yo solo acompañado de mi pena
Volvíme el alma, en el dolor quejoso ;
Que de pensar en ti la tuvo agena.

Así ha llegado aquel pastor dichoso ;
Lucinda, que llamabas dueño tuyo,
Del Bétis rico al Tajo caudaloso.

Este que miras es retrato suyo,
Que así el esclavo que llorando pierdes
A tus divinos ojos restituyo.

O ya me olvides, ó de mí te acuerdes,
Si te olvidare mientras tengo vida,
Marchíte amor mis esperanzas verdes.

Cosa que al cielo por mí bien le pida
Jamás me cumpla, si otra cosa fuere
De aquestos ojos donde estás querida :

En tanto que mi espíritu rigiere
El cuerpo que tus brazos estimaron,
Nadie los míos ocupar espere.

La memoria que en ellos me dexaron
Es alcayde de aquella fortaleza
Que tus hermosos ojos conquistaron.

Tú conoces, Lucinda, mi firmeza,
Y que es de acero el pensamiento mio
Con las pastoras de mayor belleza.

Ya sabes el rigor de mi desvío
Con Flora, que te tuvo tan zelosa,
A cuyo fuego respondí tan frío.

Pues bien conoces tú que es Flora hermosa,
Y que con serlo sin remedio vive
Envidiosa de tí, de mí quejosa.

Bien sabes que habla bien, que bien escribe,
Y que me solicita, y me regala
Por mas desprecios que de mí recibe.

Mas yo que de tu pie donayre y gala
Estimo mas la cinta que desechas,
Que todo el oro con que á Creso iguala ;

Solo estimo tenerte sin sospechas,
Que no ha nacido ahora quien desate
De tanto amor lazadas tan estrechas,

Quando de yerbas de Tesalia trate,
Y discurriendo el monte de la Luna
Los espíritus ínfimos maltrate.

No hay fuerza en yerba, ni en palabra alguna
Contra mi voluntad, que hizo el cielo
Libre en adversa y próspera fortuna.

Tú sola mereciste mi desvelo,
Y yo tambien despues de larga historia
Con mi fuego de amor vencer tu hielo.

Viva con esto alegre tu memoria,
Que como amar con zelos es inferno,
Amar sin ellos es descanso y gloria.

Que yo sin atender á mi gobierno,
No he de apartarme de adarte ausente,
Si de ti lo estuviese un siglo eterno.

El sol mil veces discurriendo cuenta
Del cielo los dorados paralelos,
Y de su blanca hermana el rostro aumente;

Que los diamantes de sus puros velos,
Que vienen fixos en su octava esfera,
No han de igualarme aunque me maten zelos.

No habrá cosa jamas en la ribera
En que no te contemplen estos ojos,
Mientras ausente de los tuyos muera.

En el jazmin tus cándidos despojos,
En la rosa encarnada tus mejillas,
Tu bella boca en los claveles rojos:

Tu olor en las retamas amarillas,
Y en maravillas, que mis cabras pacen,
Contemplaré tambien tus maravillas.

Y quando aquellos arroyuelos que hacen
Templados á sus quejas consonancia
Desde la tierra donde juntos nacen,

Dezando el sol la furia y arrogancia
De dos tan encendidos animales,
Volviese el año á su primera estancia;

A pesar de sus fuentes naturales
Del hielo arrebatadas sus corrientes
Cuelgan por estas peñas sus cristales;

Contemplaré tus concertados dieutes,
Y á veces en carámbanos mayores
Los dedos de tus manos transparentes.

Tu voz me acordarán los ruiñeños
Y de estas yedras, y olmos los abrazos
Nuestros hermafroditicos amores.

Aquestos nidos de diversos lazos
Donde ahora se besan dos palomas,
Por ver mis prendas burlarán mis brazos.

Tú si mejor tus pensamientos domas,
En tanto que yo quedo sin sentido,
Dime el remedio de vivir que tomas.

Que aunque todas las aguas del olvido
Bebiese yo, por imposible tengo
Que me escapase de tu lazo asido,

Donde la vida á mas dolor prevengo.
¡Triste de aquel que por estrellas ama,
Sino soy yo porque á tus brazos vengo!

Donde si espero de mis versos fama,
A ti lo debo, que tú sola puedes
Dar á mi frente de laurel la rama,
Donde muriendo vencedora quedas.

SILVA MORAL.

El siglo de oro.

Fábrica fué de inmensa arquitectura
 Este mundo inferior que el hombre imita;
 Pues como punto indivisible encierra
 De su circunferencia la hermosura.

.....
 Y copiosa la tierra

De quanto en ella habita
 Con tantos peregrinos ornamentos,
 Llenos los tres primeros elementos
 De peces, fieras y aves, que vivian
 De toda ley esentos,
 Si bien al hombre en paz reconocian.

Aun no pálido el oro,
 Porque nadie buscaba su tesoro,
 Y el diamante tan bruto aunque brillante,
 Que mas era peñasco que diamante.
 Los árboles sembrados de colores,
 Y los prados de flores
 Entre bosques sombríos,
 Buscando los arroyos sonorosos
 En arenosas calles,
 Por las obliquas señas de los valles,
 Los ríos caudalosos.
 Y los soberbios ríos,
 Vestidos de cristales transparentes,
 Sin volver la cabeza á ver sus fuentes,

Anhelando á Oceanos,
 Perdiendo en él sus pensamientos vanos.
 Y sin temor alguno
 De verse el tridentifero Neptuno,
 Oprimido del peso de las naves;
 Abriendo sendas por sus ondas graves,
 Los hijos de los montes,
 Excelsos pinos y labradas hayas,
 Para pasar por varios horizontes
 A las remotas playas
 De climas abrasados,
 Frígidos ó templados,
 Ni el cabello animoso relinchaba
 Al son de la trompeta :
 Ni la cerviz sujeta
 Al yugo el tardo buey el campo araba :
 Que sin romper la cara de la tierra,
 Con natural impulso producía
 Quanto su pecho generoso encierra,
 Que como la primera edad vivía
 Con desórden florida y balbucente,
 Daba pródigamente,
 Con fértil abundancia,
 Al mundo su riqueza,
 Porque como muger naturaleza
 Es mas hermosa en la primera infancia.

No haciendo distincion de tiempo alguno,
 Daba flores Vertuno,
 Con diferentes frutas primitivas :

Las parras y pacíficas olivas,
 Y la Dodónea encina por la rubia
 Ceres, que no tenía
 Necesidad de lluvia,
 Y de su misma caña renacia:
 Matizando los prados de violetas,
 De rosas y de cándidas mosquetas.
 No de otra suerte que la alfombra pintada
 El Tracio con la seda de colores,
 En cada rueda de labor distinta
 Caracteres arábigos, y flores:
 Que la naturaleza aun no pensaba
 Que el arte su pincel perfeccionaba.

A la parte Oriental Euro tendía
 Las alas vagarosas,
 El Austro y Mediodía,
 Y Boreas fiero á las distantes Osas
 Por el Septentrion temor ponía.
 El sol por sus dorados paralelos
 Comenzaba el camino de los cielos:
 Cuya eclíptica de oro no sabía,
 El nombre de los signos que tenía,
 Ni en su campo pensó que espigas de oro
 Paciera el Aries, y rumiara el Toro.
 La casta luna en su argentado plastro.
 No se mostraba al Austro
 Lluviosa, alternativas las dos puntas,
 Una á la tierra y otra al claro cielo,
 Sino pidiendo con las manos juntas
 Calor al sol para su eterno hielo.

Los hombres por las selvas discurrían
 Amando solo el dueño que tenían
 Sin interes, sin zelos:
 ¡O dulces tiempos! ¡ó piadosos cielos!
 Allí no adulteraba la hermosura
 El marfil de su cándida figura,
 Ni la fingida nieve
 Y el bastardo carmin daban al arte
 Lo que naturaleza no se atreve;
 Ni á Venus bella en conjuncion de Marte
 Al cielo el sol zeloso descubría;
 Ni en Chipre se vendía,
 Amor artificial. ¡O siglo de oro,
 De nuestra humana vida desengaño,
 Si vieras tanto engaño,
 Tan poca fe, tan bárbaro decoro!
 Todo era amor suave, honesto y puro,
 Todo limpio y seguro,
 Tanto que parecia
 Una misma armonía
 La del cielo y el suelo,
 Que aspiraba á juntarse con el cielo.

En este tiempo de los altos coros
 Hermosa virgen con Real ornato,
 Baxó á la tierra, que adoró el retrato
 De Júpiter divino, y por los poros
 De sus fértiles venas
 Vertió blancos racimos de azucenas,
 Y las fuentes sonoras

Con armas en los altos frontispicios,
 Comenzaron con bárbaras crueldades,
 Intereses, envidias, injusticias,
 Los adulterios, logros y codicias,
 Los robos, homicidios, y desgracias;
 Y no contentos ya de Aristocracias,
 Emprendieron llegar á Monarquías.
 La púrpura engendró las tiranías:
 Nació la guerra en manos de la muerte,
 Los campos dividió fuerza, ó suerte:
 Dispuso la traycion el blanco acero
 Para verter su propia sangre humana;
 Y fué la envidia el agresor primero,
 Y procedió la ingratitud villana
 Del mismo bien á tantos vicios madre,
 Infame hija de tan noble padre.
 Bañó la ley la pluma
 En pura sangre para tanta suma,
 Que excede su papel todas las ciencias:
 ¡Tales son las humanas diferencias!
 Pero por ser los párrafos primeros,
 Y ser los hombres, como libres, fieros,
 No siendo obedecidas,
 Quitaron las haciendas y las vidas
 A sus propios hermanos y vecinos,
 Y hicieron las venganzas desatinos,
 Porque dormidos los Jueces sabios
 Castiga el ofendido sus agravios.
 Robaban las doncellas generosas

Para

Para amigas á título de esposas,
 Traydores á su amigo,
 Y todo se quedaba sin castigo:
 Que muchos que temieron,
 Por no perder las varas, las torcieron;
 Y muchos que tomaron,
 Pensando enderezallas, las quebraron.
 ¡O favor de los Reyes!
 Del sol reciben rayos las estrellas:
 Telas de araña llaman á las leyes,
 El pequeño animal se queda en ellas,
 Y el fuerte las quebranta.
 ¡Ay del señor, que sus vasallos dexa
 Al cielo remitir la justa queja!

Viendo pues la divina verdad santa
 La tierra en tal estado,
 El rico idolatrado,
 El pobre miserable,
 A quien ni aun el morir es favorable,
 Mientras mas voces da ménos oído,
 El sabio aborrecido,
 Vencedor el dinero,
 Escuchado y premiado el lisongero,
 Josef vendido por el propio hermano,
 Lástima y burla del estado humano,
 Y entre la confusion de tanto estruendo
 Demócrito riendo,
 Eráclito llorando,
 La muerte no temida,

Tomo III,

7

Y para el sueño de tan breve vida
 El hombre edificando,
 Ignorando la ley de la partida,
 Con presuroso vuelo,
 Subióse en hombros de sí misma al cielo.

 LA GATOMACHIA,

 POEMA BURLESCO.

SILVA I.

Yo aquel que en los pasados
 Tiempos canté las selvas y los prados,
 Estos vestidos de árboles mayores,
 Y aquellos de ganados y de flores,
 Las armas y las leyes
 Que conservan los Reynos y los Reyes;
 Ahora en instrumento ménos grave
 Canto de amor suave
 Las iras y despeues,
 Los males y los bienes,
 No del todo olvidado
 El fiero taratántara templado
 Con el silvo de pifano sonoro.
 Vosotras Musas del Castalio Coro,
 Dadme favor en tanto
 Que con el genio que me disteis canto
 La guerra, los amores y accidentes
 De dos gatos valientes:
 Que como otros están dados á perros,

O por agenos, ó por propios yerros,
 También hay hombres que se dan á gatos
 Por olvidos de Principes ingratos,
 O porque les persigue la fortuna
 Desde el columpio de la tierna cuna.

Tú, Don Lope, si acaso
 Te dexa divertir por el Parnaso
 El Holandés pirata,
 Gato de nuestra plata,
 Que infesta las marinas,
 Por donde con la armada peregrinas,
 Suspende un rato aquel valiente acero,
 Con que al asalto llegas el primero,
 Y escucha mi famosa *Gatomachía* :
 Así desde las Indias á Valaquia
 Corra tu nombre y fama,
 Que ya por nuestra patria se derrama ;
 Desde que viste la morisca puerta
 De Tunez y Biserta
 Armado y niño en forma de Cupido,
 Con el Marques famoso
 Del mejor apellido,
 Como su padre por la mar dichoso.
 No siempre has de atender á Marte airado
 Desde su tierna edad exercitado,
 Vestido de diamante,
 Coronado de plumas arrogante :
 Que alguna vez el ocio
 Es de las armas cordial secrocio,

Y Vénus en la paz como Santelmo,
 Con manos de marfil le quita el yelmo.

Estaba sobre un alto caballete
 De un tejado sentada
 La bella Zapaquilda al fresco viento,
 Lamiéndose la cola y el copete,
 Tan fruncida y mirrada,
 Como si fuera gata de convento :
 Su mismo pensamiento
 De espejo la servia,
 Puesto que un roto casco le traía
 Cierta urraca burlona,
 Que no dexaba toca ni valona,
 Que no escondia por aquel tejado,
 Confin del corredor de un Licenciado.
 Ya que lavada estubo,
 Y con las manos que lamidas tuvo,
 De su ropa de martas aliñada,
 Cantó un soneto en voz medio formada
 En la arteria vocal, con tanta gracia
 Como pudiera el músico de Tracia :
 De suerte que qualquiera que la oyera
 Que era solfa gatuna conociera,
 Con algunos cromáticos disones,
 Que se daban al diablo los ratones.
 Asomábase ya la primavera
 Por un balcon de rosas y alelías,
 Y Flora con dorados borceguies
 Alegraba risueña la ribera :

Tiestos de Talavera
 Prevenia el verano,
 Quando Marramaquiz, gato Romano,
 Aviso tuvo cierto de Maulero,
 Un gato de la Mancha su escudero,
 Que al sol salia Zapaquilda hermosa
 Qual suele amanecer purpúrea rosa
 Entre las hojas de la verde cama,
 Rubí tan vivo que parece llama,
 Y que con una dulce cantilena
 En el arte mayor de Juan de Mena
 Enamoraba el viento.

Marramaquiz atento
 A las nuevas del page,
 (Que la fama enamora desde lejos)
 Que fuera de las naguas de pellejos
 Del campanudo traje,
 Introducion de sastres y roperos,
 Doctos maestros de sacar dineros,
 Alababa su gracia y hermosura,
 Con tanta melindrifera mesura;
 Pidió caballo, y luego fué traída
 Una mona vestida
 Al uso de su tierra,
 Cautiva en una guerra,
 Que tuviéron las monas y los gatos;
 Púsose borceguies y zapatos
 De dos dediles de segar abiertos,
 Que con pena calzó por estar tuertos;

Una enchar de plata por espada,
 La capa colorada
 A la Francesa, de una calza vieja,
 Tan igual, tan lucida y tan pareja
 Que no será lisonja
 Decir que Adonis en limpieza y gala,
 Aunque perdone Vénus, no le ignala:
 Por gorra de Milan media toronja,
 Con un penacho roxo, verde y bayo,
 De un muerto por sus niñas papagayo,
 Que diciendo: Quien pasa? cierto día,
 Pensó que el Rey venia,
 Y era Marramaquiz que andaba á caza,
 Y halló para romper la jaula traza.
 Por cuera dos mitades, que de un guante
 Le atáron por detras y por delante,
 Y un puño de una niña por valona.
 Era el gatazo de gentil persona,
 Y no menos galan que enamorado,
 Bigote blanco y rostro despejado,
 Ojos alegres, niñas menuradas,
 De color de esmeraldas diamantadas:
 Y á caballo en la mona parecia
 El Paladin Orlando, que venia
 A visitar á Angélica la bella.

La recatada niña, la doncella,
 En viendo el gato se mirló de forma
 Que en una grave dama se transforma;
 Lamiéndose á manera de manteca,

La superficie de los labios seco,
 Y con temor de alguna carambola
 Tapó las indecencias con la cola :
 Y baxando los ojos hasta el suelo
 Su mirlo propio le sirvió de velo,
 Que ha de ser la doncella virtuosa
 Mas recatada, miéntras mas hermosa.
 Marramaquiz entónces con ligeras
 Plantas batiendo el tetuan Caballo,
 Que no era Pie de hierro, ó pie de gallo,
 Le dió quatro carreras,
 Con otras gentilezas y escarceos,
 Alta demostracion de sus deseos,
 Y la gorra en la mano,
 Acercóse galan y cortesano,
 Donde la dixo amores.
 Ella con los colores
 Que imprime la verguenza
 Le dió de sus guedejas una trenza.
 Y al tiempo que los dos marramizaban,
 Y con tiernos singultos relamidos
 Alentaban, sentidos
 Desde unas claraboyas que adornaban
 La azotea de un Clérigo vecino,
 Un bodocazo vino
 Disparado de súbita ballesta,
 Mas que la vista de los ojos presta,
 Que diándole a la mona en la almohada,
 Por dentro morada,
 Por defuera pelosa,

Dexó caer la carga, y presurosa
 Corrió por los tejados,
 Sin poder los lacayos y criados
 Detener el furor con que corría.

No de otra suerte que en sereno dia
 Balas de nieve escupe, y de los senos
 De las nubes relámpagos y truenos,
 Súbita tempestad en monte ó prado,
 Obligando que el tímido ganado
 Atónito se esparza,
 Ya dexando en la zarza,
 De sus pungentes laberintos vana,
 La blanca ó negra lana,
 (Que alguna vez la lana ha de ser negra)
 Y hasta que el sol en arco verde alegra
 Los campos que reduce á sus colores,
 No vuelven á los prados, ni á las flores;
 Así los gatos iban alterados
 Por corredores, puertas y terrados
 Con trágicos matillos,
 No dando como tórtolas arrullos,
 Y la mona la mano en la almohada,
 La parte occidental descalabrada,
 Y los húmidos polos circunstantes
 Bañados de medio ambar como guantes.

En tanto que pasaban estas cosas,
 Y el gato en sus amores discurría,
 Con ansias amorosas,
 (Porque no hay alma tan helada y fría

Que amor no agarre, prenda y engarrafe)
 Y el mas alto tejado enternecía,
 Aunque fuesen las tejas de Xetafe,
 Y ella con ñisi, ñáse
 Se defendia con semblante airado;
 Aquel de cielo y tierra monstro alado,
 Que vestido de lenguas y de ojos,
 Ya decrépito viejo con antojos,
 Ya lince penetrante,
 Por los tres elementos se pasea
 Sin que nadie le vea,
 Con la forma elegante
 De Zapaquilda discurrió ligero
 Uno y otro hemisfero,
 Aunque con las verdades lisongera,
 Y en quanto baña en la terrestre esfera,
 Sin excepcion de promontorio alguno,
 El cerúleo Neptuno,
 Plasmante universal de toda fuente,
 Desde Boótes á la austral corona,
 Y de la Zona frigida á la ardiente.
 Esto dixo la fama que pregona
 El bien y el mal, y en viendo su retrato
 Se erizó todo gato,
 Y dispuso venir con esperanza
 Del galardón que un fino amor alcanza.

Los que viniéron por la tierra en postas,
 Truxéron por llegar á la ligera
 Solo plumas y banda, calza y cuera:
 Los que habitaban de la mar las costas,

(Tanto pueden de amor dulces empresas)
 Viniéron en artesas,
 Mas no por eso ménos
 Hasta la cola de riquezas llenos;
 Y otros por bizarría,
 Para mostrar despues la gallardía
 En cofres y baules,
 Sulcando las azules
 Montañas de Amfitrite,
 Y alguno que á disfraces se remite,
 Por no ser conocido,
 En una caja de orinal metido.
 Con esto en muchos siglos no fué vista,
 Como en esta conquista,
 Tanta de gatos multitud famosa
 Por Zapaquilda hermosa.
 Apenas hubo teja, ó chimenea
 Sin gato enamorado,
 De bodoque tal vez precipitado,
 Como Calisto fué por Melibea;
 Ni raton parecia,
 Ni el halbuciente hocico permitia
 Que del nido saliese,
 Ni queso, ni papel se agujeraba
 Por costumbre, ó por hambre que tuviese;
 Ni poeta por todo el universo
 Se lamentó que le royese en verso;
 Ni gorrion saltaba,
 Ni verde lagartija
 Salia de la cóncava rendija.

Por otra parte el daño compensaba,
 Que de tanto gatazo resultaba,
 Pues no estaba segura
 En sábado morcilla, ni asadura,
 Ni panza, ni quajar, ni aun en lo sumo
 De la alta chimenea
 La longaniza al humo,
 Por imposible que alcanzarla sea,
 Exénto en la porfía á la esperanza,
 Que todo quanto mira, tanto alcanza.

Entre esta generosa ilustre gente
 Vino un gato valiente;
 De hocico agudo, y de narices romo,
 Blanco de pecho y pies, negro de lomo,
 Que Mizifuf tenia
 Por nombre; en gala, cola, y gallardía,
 Célebre en toda parte
 Por un Zapinarciso y Gatimarte.
 Este luego que vió la bella gata
 Mas reluciente que fregada plata,
 Tan perdido quedó, que noche y dia
 Paseaba el tejado en que vivía,
 Con pages y lacayos de librea,
 Que nunca sirve mal quien bien desea:
 Y sucedióle bien pues luego quiso,
 ¡O gata ingrata! á Mizifuf Narciso,
 Dando á Marramaquiz zelos y enojos;
 No sé por qual razon puso los ojos
 En Mizifuf, quitándole al primero

Con

Con súbita mudanza,
 El antiguo favor y la esperanza.
 ¡O quanto puede un gato forastero,
 Y mas siendo galan y bien hablado,
 De pelo rizo y garbo ensortijado!
 Siempre las novedades son gustosas,
 No hay que fiar de gatas melindrosas.
 ¿Quien pensara que fuera tan mudable
 Zapaquilda cruel e inexorable,
 Y que al galan Marramaquiz dexara
 Por un gato que vió de buena cara,
 Despues de haberle dado
 Un pie de puerco hurtado,
 Pedazos de tocinno y de salchichas?
 ¡O quan poco en las dichas
 Está firme el amor y la fortuna!
 ¿En que muger habrá firmeza alguna?
 ¿Quien tendrá confianza,
 Si quien dixo muger, dixo mudanza?

Marramaquiz con ansias y desvelos
 Vino á enfermar de zelos,
 Porque ninguna cosa le alegraba.
 Finalmente Merlin que le curaba,
 Gato de cuyas canas, nombre y ciencia
 Era notoria á todos la experiencia,
 Mandó que se sangrase;
 Y como no bastase,
 Vino á verle su dama,
 Aunque tenia en un desvan la cama,

Tomo III,

8

UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE BARRAGAN
 BIBLIOTECA DE HISTORIA
 Y GEOGRAFIA

Ando, 10 de Mayo de 1911, Mexico

A donde la carroza no podia
 Subir por alta y por estrecha via,
 Pero en fin apeada
 Entró de su escudero acompañada.
 Mirándose los dos severamente,
 Despues de sosegado el accidente,
 El con maullo habló, ella con mirlo,
 Que fuera harto mejor pegarla un chirle.
 Pero por alegrarle la sangría,
 Le traxo su criada Bufalia
 Una pata de ganso y dos ostiones.
 El se quejó con tímidas razones
 En su language mizo,
 A que ella con vergüenza satisfizo.
 Quejas, que traducidas de él y de ella
 Así decian: » Zapaquilda bella,
 ¿Por que me dexas tan injustamente?
 ¿Es Mizifuf mas sabio, mas valiente,
 Tiene mas ligereza, mejor cola?
 ¿No sabes que te quise elegir sola
 Entre quantas se precian de miradas,
 De bien vestidas y de bien tocadas?
 ¿Esto merece que un invierno helado,
 De tejado en tejado
 Me hallase el alba al madrugar el dia,
 Con espada, broquel y bizarría,
 Mas cubierto de escarcha,
 Que soldado español que en Flandes marcha
 Con arcabuz y frascos?
 Si no te he dado telas y damascos,

Es porque tú no quieres vestir galas
 Sobre las naturales martingalas,
 Por no ofender, ingrata, á tu belleza
 Las naguas que te dió naturaleza.
 Pero en lo que es regalos, ¿quien ha sido
 Mas cuidadoso, como tú lo sabes?
 En quanto en las cocinas atrevido
 Pude garrafiar de peces y aves?
 ¿Que pastel no te truxe, que salchicha?
 ¡O terrible desdicha!
 Pues no soy yo tan feo,
 Que ayer me ví, mas no como me veo,
 En un caldero de agua, que de un pozo
 Sacó para regar mi casa un mozo,
 Y dixé: ¿Esto desprecia Zapaquilda?
 ¡O zelos, ó impiedad, ó amor, reñilda.
 No suele desmayarse al sol ardiente
 La flor del mismo nombre, la arrogante
 Cerviz baxar humilde, que la gente
 Por la loca altitud llamó gigante;
 Ni queda el tierno infante
 Mas cansado despues de haber llorado
 De su madre en el pecho regalado,
 Que el amante quedó sin alma. ¡O cielos,
 Que dulce cosa amor, que amarga zelos!
 Ella como le vió que ya exhalaba
 Blandamente el espíritu en suspiros,
 Y que piramizaba
 Entre dulces de amor fingidos tiros,
 Para que no se rompa vena ó fibra,

El mosqueador de las ausencias vibra ,
 Pasándole dos veces por su cara.
 Volvióle en sí, que aquel favor bastara
 Para libralle de la muerte dura ,
 Y luego con melífera blandura
 Le dixo en lengua culta :
 « Si tu amor dificulta
 El que me debes , en tu agravio piensas
 Tan injustas ofensas ,
 Que aunque es verdad que Mizifuf me quiero
 Y dice á todos que por mí se muere ,
 Yo te guardo la fe como tu esposa . »
 Cesó con esto Zapaquilda hermosa.
 Sellando honesta las dos rosas bellas ,
 Que siempre hablaron poco las doncellas ,
 Que como las viudas y casadas
 No están en el amor exercitadas.

Baxaba ya la noche ,
 Y las ruedas del coche
 Tachonadas de estrellas ,
 Brilladores diamantes y centellas
 Detras de las montañas resonaban :
 Los páxaros callaban ,
 Dexando el campo yermo ,
 Quando los pages del galan enfermo
 En el alto desvan hachas metian ,
 Que á alumbrar la carroza prevenian .
 Entonces los amantes ,
 (Que son los cumplimientos importantes)
 Ella por irse , y él quedarse á solas ,
 Se hicieron reverencia con las colas.

SILVA II.

Convaleciente ya de las heridas
 De los crueles zelos
 De Mizifuf, Marramaquíz valiente,
 Aquellos que han cortado tantas vidas,
 Y que en los mismos cielos
 A Júpiter, señor del rayo ardiente,
 Con disfraz indecente,
 Fugitivo de Juno,
 Su rigor importuno
 Tantas veces mostraron,
 Que en fuego, en cisne, en buey le transformaron
 Por Europa, por Leda y por Egiua;
 Con pálida color y banda verde,
 Para que la sangría se le acuerde,
 Que amor enfermo á condoler se inclina,
 Paseaba el tejado y la buharda
 De aquella ingrata quanto hermosa fiera.
 ¿ Quien ama fieras que firmeza espera,
 Que fin, que premio aguarda?

Zapaquilda gallarda
 Estaba en su balcon, que no atendia
 Mas de á saber si Mizifuf venia,
 Quando Garraf su page,
 Si bien de su linage,
 Llegó con un papel y una bandeja,
 Ella la cola y el confín despeja,
 Y la bandeja toma

Sobre negro color labrada de oro
 Por el Indio Oriental, y con decoro
 Mira si hay alguno que primero coma :
 Ofensa del cristal de la belleza ,
 Propia naturaleza
 De gatas ser golosas ,
 Aunque al tomar se fijan melindrosas.
 Y ántes de oír al page
 Ve las alhajas que el galán envía ,
 Que joya, que invención, que nuevo trage :
 En fin vió que traía
 Un pedazo de queso
 De razonable peso ,
 Y un relleno de huevos y tocino ,
 Atis en fruta que produce el pino
 Entre menuda rama
 En la falda del alto Guadarrama ,
 Por donde van al bosque de Segovia ;
 Y luego en fe de que ha de ser su novia
 Dos cintas que le sirvan de arracadas ,
 Gala que solo á gatas regaladas ,
 Quando pequeñas, las mugeres ponen ,
 Que de rosas de nácar las componen.
 Tomó luego el papel y con sereno
 Rostro, apartando el queso y el relleno ,
 Vió que el papel decia :
 Dulce Señora, dulce prenda mia ,
 Sabrosa, (aunque perdone Garcilaso ,
 Si el consonante mismo sale al paso)
 Mas que la fruta del cercado ageno ,

Ese queso, mi bien, ese relleno ,
 Y esas cintas de nácar os envío ,
 Señas de la verdad del amor mio .

Aquí llegaba Zapaquilla, quando
 Marramaquiz zeloso, que mirando
 Estaba desde un alto caballete
 Tan gran traicion! coléico arremete,
 Y echa veloz de ardiente furia lleno
 Una mano al papel y otra al relleno :
 Garraf se pasma y queda sin sentido ,
 Como el que oyó del arcabuz el trueno.
 Estando divertido ,
 A quien el ofendido
 Tiró una manotada con las fieras
 Uñas, de suerte que formando esferas
 Por la region del ayre vagoroso ,
 Le arrojó tan furioso ,
 Que en el claro cristal de sus espejos
 Pudo cazar vencejos
 Méno apasionado y mas ocioso.
 No de otra suerte el jugador ligero
 Le vuelve la pelota al que la saca
 Herida de la pala resonante ,
 Quéjase el ayre que del golpe fiero
 Tiembla, hasta tanto que el furor se aplaca ,
 Y chaza el que interviene el pie delante ;
 El gatazo arrogante ,
 Sin soltar el relleno despedaza
 El papel que en los dientes

Con la espuma zelosa vuelve estraza ,
 Y á Zapaquilda atónita amenaza.
 Como se suele ver en las corrientes
 De los undosos rios quien se aboga,
 Que asiéndose de rama, yerba ó sogá,
 La tiene firme de sentido ageno ;
 Así Marramaquiz tiene el relleno ,
 Que ahogándose en congojas y desvelos ,
 No soltaba la causa de los zelos.
 ¡ O quanto amor un alma desespera ,
 Pues quando ya se ve sin esperanza ,
 En un relleno tomará venganza !
 ¿ Mas quien imaginara que pudiera
 Dar zelos el amor en ocasiones
 Con rellenos de huevos y piñones ?
 ¡ Mas ay de quien le habia
 Hecho para la cena de aquel día !

Huyóse en fin la gata, y con el miedo
 Tocó las tejas con el pie tan quedo,
 Que la Amazona bella parecia,
 Que por los trigos pálidos corria
 Sin doblar las espigas de las cañas,
 Que de tierras estrañas
 Tales gazapas las historias cuentan.
 Los miedos que á la gata desalientan,
 La hicieron prometer, si la libraba,
 Al niño amor un arco y una aljaba,
 De aquel zeloso Rodamonte fiero,
 Hasta pasar las furias del Enero,

El qual juró olvidarla, y en su vida,
 Desnuda, ni vestida
 Volver á verla, ni tener memoria
 De la pasada historia,
 Y buscar algun sabio
 Para satisfaccion de tanto agravio :
 Pero fuéron en vano sus desvelos,
 Que amor no cumple lo que juran zelos,
 Y tanto puede una muger que llora,
 Que vienen á reñirla y enamora.
 Creyendo que el alma, en sus zelosas iras,
 Por una lagrimilla mil mentiras.
 Y como Ovidio escribe en su Epistolio,
 Que no me acuerdo el folio,
 Estas heridas del amor protervas
 No se curan con yerbas,
 Que no hay para olvidar á amor remedio
 Como otro nuevo amor, ó tierra en medio.

Garraf en tanto que esto se trataba,
 Estropeado á Mizifuf llegaba,
 Maullando tristemente
 En acento hipocóndrico y doliente,
 Como suelen andar los gallicferos
 Para sacar dineros,
 Manqueando de un brazo
 Colgado de un retazo,
 Y débiles las piernas,
 Una cerrando de las dos linternas,
 Por mirar á lo vizco,

Luego en el corazon le dió un pellizco
 La mala nueva que adelanta el daño,
 Haciendo el aposento al desengaño,
 Y díxole : ¿ que tienes ,
 Garraf amigo , que tan triste vienes ?
 Entónces él moviendo tremolante
 Blanda cola detras , lengua delante ,
 Le refirió el suceso ,
 Y que Marramaquiz papel y queso ,
 Y relleno tambien le habia tomado ,
 Como zeloso airado ,
 Como agraviado necio ,
 Con infame desprecio ,
 Con descortes porfia ,
 Y que de tan estraña gatería
 Zapaquilda admirada
 Huyó por el desvan la saya alzada :
 Que lo que en las mugeres son las naguas
 De raso , tela , ó chamelote de aguas ,
 Es en las gatas la flexible cola ,
 Que *ad libitum* se enrosca ó se enarbola.
 Contóle que de aquella manotada ,
 Con su cuerpo afligido ,
 De miedo helado y de licor teñido
 Descalbró los ayres ,
 Y con otros agravios y desayres ,
 Que prometió vengarse por la espada
 De haberle enamorado á Zapaquilda ,
 Y hablarla en el tejado de Casilda ,
 Una tendera que en la esquina estaba :

Y dixo que pensaba
 En desprecio y afrenta de sus dones ,
 Hacer de los listones
 Cintás á sus zapatos.
 ¡ O zelos ! si entre gatos
 De burlas y de veras
 Formais tales chimeras ,
 ¿ Que haréis entre los hombres
 De hidalgo proceder , y hourados nombres ?

No estuvo mas airado
 Agamenon en Troya ,
 Al tiempo que metiendo la tramoya
 Del gran Paladion de armas preñado ,
 Echáron fuego á la Ciudad de Enéas
 De ardientes hachas y encendidas teas ,
 Causa fatal del miserable estrago
 De Dido y de Cartago,
 Por quien dixo Virgilio ,
 Que llorando decia ,
 Destituída de mortal auxilio :
 ¡ Ay dulces prendas quando Dios queria !
 Ni Barbaroxa en Tunez ,
 Ni el fuerte Pirro , ni Simon Antunez ,
 Este bravo Español : y Griego el otro ,
 Que Mizifuf como si fuera potro ,
 Relinchando de cólera en oyendo
 El fiero y estupendo
 Furor de su enemigo :
 Mas prometiendo darle igual castigo

Se fué á trazar el modo
De vengarse de todo ,
Que á un pecho noble, á un ínclito sugeto ,
Mayor obligacion mas zelo alcanza
De poner en efeto
Desempeñar su honor con la venganza.

Marramaquiz en tanto
Desesperado por las selvas iba ,
Para buscar el sabio Garfñanto ,
Al tiempo que el aurora fugitiva
De su cansado esposo
Arrojaba la luz á los mortales ,
Y el sol infante en liquidos pañales
De celages azules
Mandaba recoger en sus haules ,
Para poder abrir los de oro y rosa ,
El manto de la noche temerosa ,
Aunque era todo el manto de diamantes ,
En el záfiro nitido brillantes ,
Ojos del sueño, el harto y el espanto.
Este gatazo y sabio Garfñanto ,
Cano de barba y de mostachos yerto ,
De un ojo resmeliado, y de otro tuerto ,
Bien que de ilustre cola venerable ,
Y que sabia con rigor notable
Natural y moral filosofia ,
Por los montes vivía
En una cueva oculta ,
Cuya entrada á las fieras dificulta,

Como

Como el de Polifemo un alto risco.
No se le daba un prisco
De riquezas del mundo, que estimaba
Solo el sol que Alexandro le quitaba ,
A aquel que de los hombres puesto en fuga
Metido en un tonel era tortuga.
Bien haya quien desprecia
Esta fábula necia
De honores, pretensiones y Ingares ,
Por estudios ó acciones militares.
Sabia Garfñanto Astrologia ,
Mas no pronosticaba ,
Que decia que el cielo gobernaba
Una sola virtud que le movia ,
A cuya voluntad está sujeto
Quanto crió, que todo fué perfecto ;
No sacaba Almanagues ,
Ni decia que en Troya y los Alfaques
Verian abundancia
De pepinos y brevas ,
Muchas leatejas en Paris y en Tébas ,
Y que cierta cabeza de importancia ,
Sin decirnos á donde, faltaria ,
Que por mugeres Vénus prometia
Pendencias y disgustos ,
Como si por sus zelos ó sus gustos ,
Fuese en el mundo nuevo.
Pero volviendo á nuestro sabio Febo ,
Despues de consultado

Tomo III.

9

Dixo á Marramaquiz, que su cuidado
 En vano á Zapaquilda pretendia,
 Y que solo seria
 Remedio, que pusiese en otra parte,
 Vengándose con arte,
 Los ojos, divirtiendo el pensamiento:
 Que amar era cruel desabrimiento
 Mas que traer un áspid en las palmas,
 En no reciprocándose las almas,
 Que Amor se corresponde con Anteros,
 Y mas si lo negocian los dineros.

Destituído el gato
 Ya de mortal socorro,
 Se fué calando el morro,
 Y dióle una salchicha
 Por no mostrarse á Garfúanto ingrato,
 Que no pagar la ciencia
 Es cargo de conciencia,
 Mas dicen que de sabios es desdicha.
 Pensando en quien pusiese finalmente
 De toda la gatesca bizzarria
 La dulce enamorada fantasia
 Para verse de amor convalescente,
 Se le acordó que enfrente
 De su casa vivia un boticario,
 De cuyo cocinante vestuario
 Una gata salia
 Que la bella Micilda se decia,
 Y sentada tal vez en su tejado

Miraba como dama en el estrado
 Los nidos de los sabios gorriones
 Dexando pulular los embrunos,
 Y en viendo abiertos los maternos huevos
 Comerse algunos de los ya mancebos.
 Admitiendo este nuevo pensamiento,
 Mas que su voluntad, su entendimiento,
 Que amor en las venganzas se resfria,
 Emprende mucho y executa poco;
 Por entónces templó la fantasia,
 Que aquello es cuerdo lo que duerme un loco,

Estaba el sol ardiente
 Una siesta de Mayo calurosa,
 Aunque amorosamente,
 Plegando el nácar de la fresca rosa,
 Que producen los niños abrazados,
 Hnevos de cisne, y huevos estrellados,
 Pues que los hizo estrellas;
 Quando Micilda con las manos bellas
 La cara se lavaba y componia
 No léjos del tejado en que vivia
 Marramaquiz, que ya con mas cuidado
 La miraba y servia,
 En fé del Garfúanto consultado.
 Quando al mismo tejado
 Zapaquilda llegó por accidente:
 El gato viendo la ocasion presente,
 Para que su deseo
 La diese zelos con el nuevo empleo,

Llegándose mas tierno y relamido
 A Micilda, que ya de vergonzosa
 Estaba mas hermosa,
 Y equivoco fingiendo,
 Falso desprecio, descuidado olvido,
 En su venganza misma padeciendo
 Amorosos deseos,
 (Tales són del amor los devaneos)
 Requebrando á Micilda á quien pensaba
 Ofrecer los despojos
 De aquella guerra paz de sus enojos.
 Y á Zapaquilda á lo traydor miraba
 En las intercadencias de los ojos.
 Tan extraño sentido
 Que es ménos entendido
 Mientras que mas parece que se entiende,
 Pues siendo con engaños se defiende:
 Que si las luces de los ojos miras
 Basta ser niñas para ser mentiras.
 Micilda, á quien tocaba en lo mas vivo
 El amor primitivo,
 Porque como doncella fácilmente
 A lo que entónces siente
 La tierna edad se rinden y avassallan,
 Hablando con los ojos quando callan,
 De buena gana dió fácil oído
 A los requiebros del galan fingido,
 Con que ya andaban de los dos las colas
 Mas turbulentas que del mar las olas.

Zapaquilda sentida,
 De aquella libertad (que es propio efeto
 De la que fué querida
 Sentir desprecio donde vió respeto)
 Murmurando entre dientes
 Amenazaba casos indecentes
 Entre personas tales,
 En calidad y en nacimiento iguales.
 Como se ve gruñir perro de casa
 Mirando al que se entró de fuera enfrente,
 Estando en medio de los dos el hueso,
 Que ninguno por él de miedo pasa,
 Parando finalmente
 Las iras del caniculo sucesos
 En que ninguno de los dos lo come,
 Obligando á que tome
 Un palo algun criado
 Que los desparte airado,
 Y dexa divididos
 Quedando el hueso en paz y ellos mordidos;
 Así feroz gruñia
 Zapaquilda envidiosa,
 Efectos de zelosa,
 Aunque al gallardo Mizifuf queria:
 Que hay mugeres de modo
 Que aunque no han de querer lo quieren todo
 Por que otras no lo quieran;
 Y luego que rindiéron lo que esperan
 Vuelven á estar mas tibias y olvidadas.
 Finalmente las gatas encontradas,

Siendo Marramaquiz el hueso enmedio,
 (Tal suele ser de zelos el remedio)
 A pocos lances de mirarse airadas
 Vinieron á las manos dando al viento,
 Los cabellos y faldas,
 Y en tanto arañamiento,
 Turbadas de color las esmeraldas,
 Maullando en tiple y el gatazo en baxo,
 Cayéron juntas del tejado abaxo.
 Con ligereza tanta,
 Aunque decirlo espanta,
 Por ser como era el salto
 Cinco suelos en alto,
 Hasta el alero, del tejado fines,
 Que no perdió ninguna los chapines:
 Quedando el negro amante
 Despues de tan estraños desconsueltos
 Muerto de risa en acto semejante:
 Tau dulce es la venganza de los zelos,

SILVA III.

Distaba de los polos igualmente
 La máscara del Sol y Cinosura,
 Primera quadrilátera figura,
 Con la estrella luciente
 Que mira el navegante,
 Bordada la celeste arquitectura:
 Velaba todo amante
 Por el silencio de la noche obscura,
 Y en el Indiano clima el sol ardia,

En dos mitades dividido el día,
 Quando gallardo Mizifuf valiente
 Paseaba el tejado de su dama,
 Que sangrada en la cama
 La tuvo el accidente
 Dos días, que faltó sol al tejado
 Y estuvo la cocina sin cuidado,
 No por la altura de los siete suelos,
 Mas por el sobresalto de los zelos.
 Iba galan y bravo,
 Un cucharon sin cabo
 Destos de hierro de sacar buñuelos
 Por casco en la cabeza,
 Que en ella tienen la mayor flaqueza
 Pues no suelen morir de siete heridas
 Por quien dicen que tienen siete vidas,
 Y un golpe en la cabeza los atonta,
 Así la tienen á desmayos pronta.
 Broquel de cobertera,
 Espada de acaballo, que ántes era
 Cuchillo viejo de limpiar zapatos,
 Que él solia llamar *tímebunt* gatos:
 Y por las manchas de los pies y el anca
 Natural media blanca,
 Y capa de un bonete colorado,
 Abierto por un lado,
 Plumas de un pardo gorrión cogido
 Por ligereza, pero no por arte.